

Alerce

Año 5, N° 45, Mayo de 2018. Director: David Hevia

Dominique Jobert: de Bombal, admiradora... de Mistral, Devota

Por David Hevia

De visita en Chile como parte de una agenda marcada por el Día Internacional del Libro, la semióloga belga Dominique Jobert se dio un tiempo para conversar con Alerce sobre los formatos de difusión de la literatura y la gravitación de los clásicos de las letras nacionales. Tras delinear un diagnóstico crítico sobre la escena editorial actual a nivel mundial, se detiene en lo que considera algunas de las páginas más grandes escritas por las firmas nacidas en nuestro territorio. A continuación, las líneas de ese diálogo.

-Hoy se habla con frecuencia sobre el soporte digital como espacio de desarrollo y difusión de las obras literarias. ¿Qué importancia atribuye usted

a la escena virtual en ese ámbito?

-Creo que hace un par de décadas la masificación de internet abrió muchas expectativas en ese sentido, pero debo señalar que, al menos hasta ahora, el despliegue de esa herramienta como soporte de la literatura ha sido discreto. Es verdad que constituye una alternativa a los costos de producción editorial que supone el soporte físico, pero eso no basta para subir un peldaño en materia de aseguramiento de lectoría. La evidencia muestra que el papel impreso todavía hoy gravita como la fuerza principal de comunicación de las letras y, aunque el tiraje de los libros, diarios y revistas es actualmente una pequeña parte de lo que llegó a ser hace medio siglo, uno debe preguntarse si el juicio auténticamente crítico que espera un autor sobre su obra tiene como fuente la navegación por las redes o el viejo papel, y la respuesta es imaginable porque hay síntomas estructurales sobre el valor social que se asigna al libro en cuanto producto cultural y, asimismo, en cuanto mensaje.

-De hecho, las élites siguen manteniendo el monopolio del papel y de la prensa.

-¡Exactamente! Ese es un muy buen ejemplo de los síntomas estructurales. Hay un discurso que nos quiere hacer creer que la página web es la panacea de los escritores, pero creer a pie juntillas en eso es no darse cuenta de que ni las ediciones conmemorativas de Cervantes ni la decisión de la Academia Sueca de galardonar a Bob Dylan son resultado de una búsqueda en el espacio virtual. Tanto pesa aún el papel, que, pese al enorme declive que ha tenido la

lectoría en el mundo, hasta la piratería de obras sigue teniendo como canal prioritario la copia en soporte impreso. Abrir un libro o un diario impreso es, por lo demás, algo que todavía aparece más asociado al espacio público, a la posibilidad de compartir y dialogar, que encerrarse en la casa ante la pantalla del computador.

-Y bajo esa mirada, ¿qué rol asigna usted entonces a la comunicación literaria a través del ciberespacio?

-A ese espacio atribuyo básicamente dos papeles hoy. Primero, llegar a un público que habitualmente no es lector de literatura. Segundo, dar vida a un fenómeno muy interesante: la posibilidad del autor de ir palpando cotidianamente la opinión de sus seguidores sobre una obra en plena marcha. Hablo de los buenos escritores, no de los que simplemente siguen el dictado de la moda o de la tribuna. Ya en el siglo XIX hubo novelistas que tomaron en cuenta algunas observaciones de lectores de los capítulos que publicaban en revistas, pero si eso era así en entregas quincenales, la reacción cotidiana ofrece otro mundo que vale la pena explorar.

-Quizá Julio Verne publicaría en el espacio físico y en el virtual simultáneamente

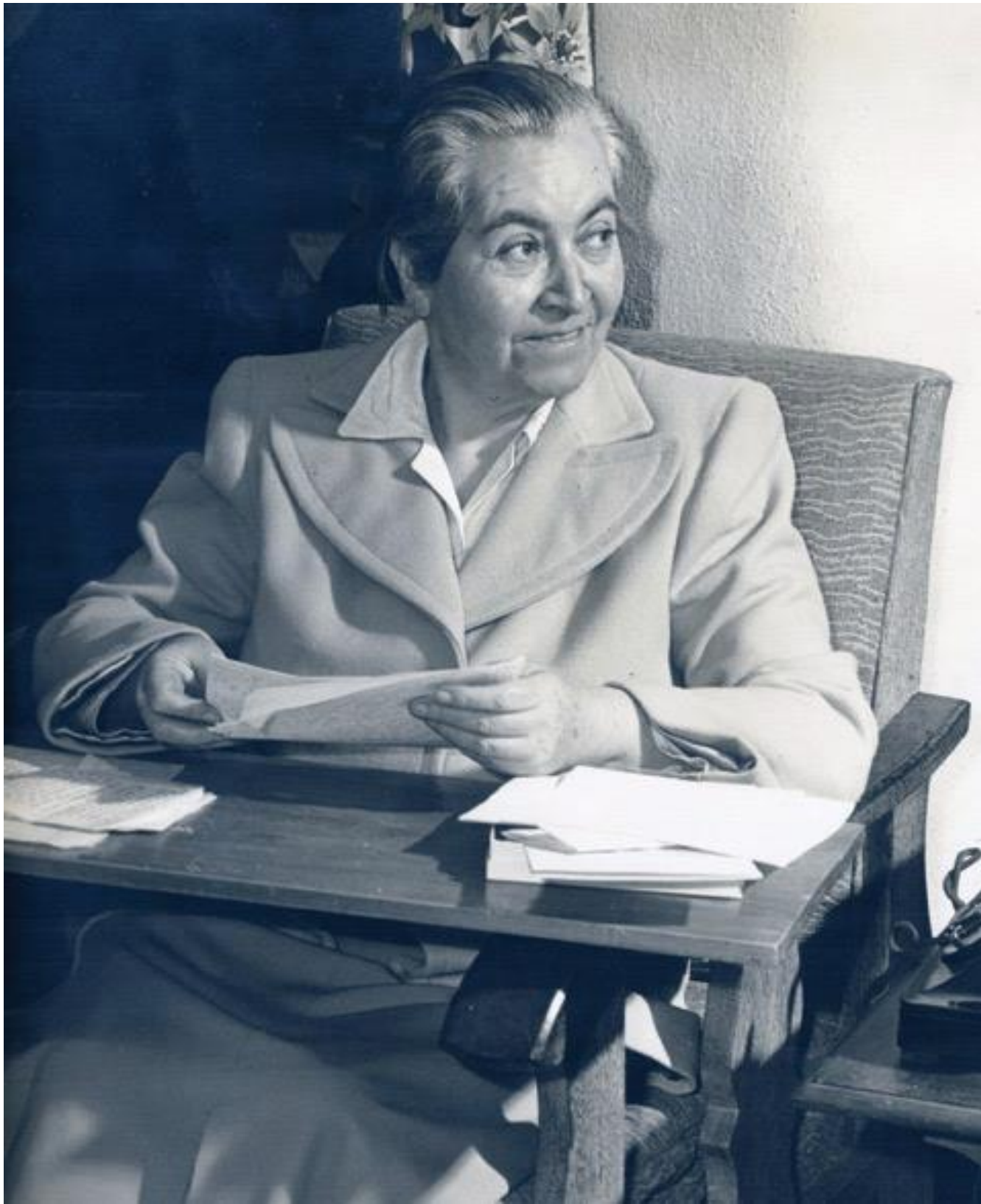
-Sí, no me cabe mucha duda sobre eso. También lo harían Charles Dickens y Horacio Quiroga.

-Chile, sin embargo, es un país en el que la lectoría digital todavía no despega.

-Es verdad. En mi modesta opinión, Chile es uno de los países latinoamericanos que mayor posibilidad de crecimiento tiene en materia de lectoría virtual y desarrollo del papel digital. Sin embargo, veo un gran vacío de políticas públicas sobre el tema. Por ejemplo, en el plano de la legislación, pero también en otro aspecto a mi juicio más de fondo. Sucede que, a diferencia de las plataformas de internet de países como España, Francia, México o Brasil, el mundo virtual chileno tiene mucha farándula y lectura liviana o derechamente de mala calidad, mientras las pocas páginas web serias del país realizan un esfuerzo heroico, al que yo quiero hacer aquí un especial reconocimiento, porque publican a los autores chilenos más maravillosos de todos los tiempos a sabiendas de que reman contra la corriente, sin financiamiento y con pocas visitas de aquellas que se multiplican en las redes sociales.

-A este punto me interesaba llegar. ¿Quiénes son, desde su perspectiva de semióloga, los autores maravillosos de este territorio?

-Nombraré a algunos que me parecen esenciales. Vicente Huidobro, Pablo Neruda -cuya obra sigue reeditándose en grandes volúmenes en países como Inglaterra y con renovado elogio de la crítica-, Pablo de Rokha, Manuel Rojas, Marta Brunet, José Donoso, Francisco Coloane -extraordinariamente leído hoy y admirado por la crítica en Europa y en América-, Carlos Droguett, Gonzalo Rojas y tantos más... ¿Dónde están? Mientras los pueblos del mundo reeditan y reestudian a sus preciosas firmas, acá hay una tentación más grande por la frase fácil, el verso excéntrico y, especialmente, la literatura de moda. Entre esos tantos otros autores quiero destacar a dos mujeres de las letras chilenas con las que esta nación sigue, a mi juicio, muy en deuda: María Luisa Bombal y Gabriela Mistral. Y en este punto prefiero ser bien clara. Bombal es una narradora fuera de serie, como pocas en el mundo, capaz de abrir un espacio de vanguardia sin concesiones a lo que socialmente se esperaba de la literatura escrita por mujeres; una autora que deslizó con sutileza escenas psicológicas tan brillantes que consiguen fundir, en un puñado de palabras, personaje, acción, atmósfera y, lo más difícil, narrador. Y en el caso de Mistral las omisiones del establishment literario son imperdonables. He visto cómo las escuelas siguen reduciendo a la autora a unos cuantos poemas... rondas, para ser exactos. Pero ¿dónde están las grandes exploraciones a sus notables ensayos? Esos escritos fueron aplaudidos por la más exigente crítica en su época, e incluso hicieron temblar a la Casa Blanca. De Bombal soy admiradora; de Mistral, devota. Espero que Chile haga merecida justicia a ambas.



POESÍA

Allá en el cielo

Allá en el cielo está Huidobro
con su ojo abierto cayendo de la luna
mirando las palomas que cruzan la tarde
para llorar en la profundidad del mar
para dormir en ese espacio desconocido que arrojan
las olas.
Allá vuela Huidobro
en el cielo que nace del árbol más grande
recorriendo largas noches de infinito
mientras el viento lo llama de una nube
con su llave perdida en la obscuridad de la chaqueta.
Y entonces, en el vacío
canta Huidobro
en las raíces encendidas de la tierra
sobre una estrella que agoniza en el silencio
cuando aparecen mojando la tempestad
los humedales cósmicos de la ausencia.
Y llueve torrencialmente
en un viaje secreto e inagotable del origen
y Huidobro desaparece bajo las aguas
con sus huesos roídos por el olvido
entre las tumbas abandonadas por los pájaros
en los confines del mundo.
Y allá donde florecen las lágrimas
se levanta de sus cenizas para pasearse por la muerte
entre las hojas que va despertando la eternidad...

Plegaria por la ausencia

Recibe Dios, el mar de Chile
en tu boca abierta
desolada como una hostia
y durante mil noches
perdida en el tiempo
mojándose de sangre y olvido.
Recibe, también,
el secreto oscuro de las aguas
donde arrojaron sus nombres,
sus cuerpos atados en rieles
sus sueños de libertad llamando la muerte
y el sabor amargo que arroja
el pan áspero de la tortura.
Toma esta cruz
desde el clamor de la justicia
para salvar al Cristo perseguido y exiliado
en la noche de los cuchillos largos
durante la resurrección de la memoria
en todas las fronteras y caminos.
Y que calle para siempre
en su grito desesperado
el cordero de la belleza y la poesía
bajo las profundidades
insondables del océano.
Recibe, Dios, como última homilía,
en la derrota de tus ojos
la vida llorando en una lluvia de peces
y el sacrificio de la desaparición,
mientras, tus brazos quedan inmóviles
y se rompen en la eternidad
junto a un abismo de amor y sal,
por los siglos y lustros de la humanidad, amén.

Carla Andrea Zapata Z.

La muerte de Varinia

Del corredor, Varinia,
queda la tierra.
Angosturas de alambre
deshojan el pasto
donde mudé tu cuerpo.

El camino que las manos recorrieron,
es la flor que nace de los ojos.
De la pieza, Varinia,
queda lo blanco,
la torre,
los cubos.
Planto la cruz en tu espacio.
De la casa, Varinia,
la piedra fértil,
tu sueño.

La mejor cena

En el corazón entretenido de la sobremesa,
el Hombre propuso:
“Reemplacemos este vino Amargo
por Faroles”.

Entonces,
todos los hombres colgaron de la luna
sus sombreros
y sus capas grises.

Después corrieron y saltaron, como niños,
por el mundo.

Ángel

Un ángel bebe de pezón negro
los hábitos del sueño.

Detrás del seno
esperan para matarle.

Pero la rosa de su boca
no sale ni escapa.

Tampoco sus manos
llevadas de fiesta.

Al sueño, se entrega cercado
ensangrentado de flores.

La historia negra

Algo te hirió en el cuerpo, paloma sí,
en las alas:
Una daga en el desencanto de la vida
y tu cabeza cayó, y tus ojos.

En el dolor hubo otro dolor acurrucado
y otro, y otro mismo en el nido de las décadas
que moraron en las moraduras
en el golpe de esa historia,
de esa cueca larga y viuda
de esa ramada sin raíces,
de esa fiesta negra:
la infeliz.

Ay paloma qué tristeza.
Algo te hirió en el cuerpo, paloma sí,
en el alma.

El despiadado

Yo vivo
con la muerte roja de un perro.
Perro eterno. Calle sucia y doblada.

Yo vivo
con la piel impenetrable de los odios.
Piel gruesa y larga.

Yo vivo
con la muerte gris de un asno ciego
rodeado de admiradores
que tienen moscas en la oratoria.

En el pueblo de los arlequines
por los edificios rotos
yo, el rey y el reino
desangrando los álamos
gota a gota.

Astrid Fugellie

Nuestra casa

Nuestra casa será el gesto de tu mano
o de mi mano atrapando un deseo
la flor que no cabe en la melancolía
nuestra casa será sólo una ventana
sólo el crujido de una puerta
donde nos refugiaremos de la lluvia
Nuestra casa será la superficie de una mesa
un plato, una cuchara, una ciruela
nuestra casa serán tus ojos
tus sandalias inquietas
será una palabra nunca dicha
o el canto de los pájaros

Nuestra casa seremos *tú y yo*
grabados en la corteza de un tilo
tu vientre, tus pechos, tus ojeras
el viento pintando las murallas
será una simple copa vacía
que iremos llenando de recuerdos

Plaza

Prados alrededor de una paloma
la estatua se cubre de excrementos
faltan baldosas, tropieza el guaripola
y una salva tritura al manisero

Los novios giran en torno de las flores
el agua da forma a la pileta
un viejo verde recuerda a sus amores
escaños cuelgan de las nalgas secas

En cada vuelta un farol se apaga
el quiosco estrena un tema añejo
caen dientes, caen huesos, canas:
la plaza se transforma en cementerio

El cielo es la sombra de un árbol

Hijo, el cielo, cómo te explico
es la sombra de un árbol
o, mejor dicho, el árbol
a orillas de un arroyo
donde vienen a beber las ánimas
y ahí se reúnen la mirada de tu madre
la sonrisa del maestro
el zapato roto
y tu gato perdido
En fin, Juanito, el cielo eres tú
cuando estoy solo, lejos
a la sombra de ese árbol
a orillas de ese arroyo
y saltan y saltan los peces
hasta que aparecen las estrellas

Bernardo González Koppmann

